

Iván Illich para el México de hoy¹

Gustavo Esteva

No conocí al CIDOC, aunque vivía a menos de una hora de distancia. Nada puedo decir de esos años. Cuando Iván Illich estaba en la cumbre de su popularidad, cuando sus libros se leían por todo el mundo y venían de todas partes a discutir con él sus ideas a Cuernavaca, me resistí a leerlo. Quiero comentar esta peculiar ceguera, que compartieron muchos mexicanos. No hablaré del CIDOC, pero sí de la relación de Iván con México.

Para entender el presente, es útil mirar hacia atrás, como nos enseñó Iván. Para entender la pertinencia de la obra de Iván en la trágica coyuntura actual, es útil recordar la situación prevaleciente cuando concibió sus principales contribuciones teóricas y políticas.

Los años sesenta

El de 1968 aparece entre nosotros como un movimiento libre de toda sospecha, símbolo de la resistencia heroica ante un autoritarismo feroz. Pero es símbolo de otras cosas en otras partes.

¹ Utilizo en este texto versiones editadas de mis intervenciones en eventos que conmemoran a Iván y otros ensayos. También empleo ideas y frases de José Ma. Sbert en “José Ma. Sbert e Iván Illich”, en el libro que menciono en las referencias.

A su manera frívola y reaccionaria, el número del 19 de noviembre de 2007 de *Newsweek* señala que 1968 fue “el año que nos hizo como somos ahora”. La revista recuerda cosas que tenemos casi olvidadas o desconocemos.

- Que el Apolo 8 tomó la fotografía del planeta que desde entonces se usa como símbolo para globalizarlo todo: esa burbuja azul que podemos tener en la mano.
- Que un grupo de mujeres, en Atlantic City, Estados Unidos, hizo del feminismo algo legítimo, casi convencional.
- Fue el tiempo de Jane Fonda y su *barbie*. Y no pueden faltar los Beatles.
- Pero está también Martin Luther King que el domingo 31 de marzo de 1968 dijo en su sermón en Washington algo muy pertinente aquí, hoy:

Un día estaremos ante el dios de la historia y le platicaremos lo que hemos hecho. Podremos contarle de los puentes gargantuescos que unen océanos y de los edificios que besan y rascan los cielos...y él nos dirá: ¡no era suficiente! Porque tenía hambre y no me alimentaste. Estaba desnudo y no me vestiste.

Ya no eran sólo los derechos civiles. Era algo más.

- Y unos días después, en un apasionado discurso, señaló que le gustaría, como a todos, vivir muchos años, pero que esa noche no le importaba tanto. Había subido a la montaña y había visto la tierra prometida. Sabía que su pueblo llegaría. No le importaba, esa noche, que él pudiera o no acompañarlo. Al día siguiente fue asesinado. Delante de su cadáver, John Lewis, quien tomó en sus manos su bandera y su legado, se dijo en voz baja: “Por lo menos tenemos a Robert Kennedy”, que vino al funeral. Pero Bob Kennedy fue

asesinado apenas dos meses después. Dice *Newsweek* que, por esas y muchas otras cosas, 1968 fue el año que cambió todo. No voy a entretenerme en sus argumentos. Quiero pasar a otro extremo del espectro ideológico. Immanuel Wallerstein era hasta hace poco tiempo presidente de la Asociación Mundial de Sociólogos. Es sin duda uno de los más prominentes intelectuales públicos del mundo. Dice Wallerstein que tendemos a dejar de lado los tres principales puntos de inflexión del sistema-mundo moderno:

- El largo siglo XVI, cuando el sistema-mundo moderno tomó forma como economía-mundo capitalista.
- La revolución francesa de 1789, que fundó el liberalismo centrista, la geocultura que dominó en los siguientes 200 años. Y
- La revolución mundial de 1968, -así la llama- que según él presagió la larga fase terminal del sistema-mundo moderno en que nos encontramos y socavó la cultura liberal centrista que mantenía el sistema-mundo unificado.

Asalto al cielo

Los años sesenta fueron todo eso...y muchas otras cosas.

- Fueron los años del Manifiesto Port Huron de los Estudiantes por una Sociedad Democrática, cuando los jóvenes formularon la agenda para toda una generación, empezaron a aprender unos de otros, más que de los adultos, y sintieron la necesidad de poner sus privilegios al servicio del cambio. Se formaban más con el cine, la música y las tiras de caricaturas que con libros y clases y se pusieron en

marcha...pero no tenían adónde ir ni sabían bien de qué se trataba. Eran el rebelde sin causa que personificó James Dean. Cuando le preguntaron a Marlon Brando contra qué se rebelaba en *The Wild One* gruñó secamente: “¿Qué hay por aquí?”. No lo sabían. Pero los Beatles tenían audiencia desde antes de nacer.

- Fueron los años del sueño de Martin Luther King, que de alguna manera peculiar hicimos nuestro: no era cosa de tomar la droga tranquilizante del gradualismo, sino el tiempo de dar realidad a todas las promesas de la democracia.
- Líderes políticos muy diversos simbolizaban por todas partes el cambio: Nikita Jrushov, Charles de Gaulle, Juan XXIII, Martin Luther King, John F. Kennedy, Fidel Castro, Nehru, Sukarno, Nasser, Goulart...
- Por su parte, Beckett, Ionesco, Simone de Beauvoir, Merlau-Ponty, Simone Weil, Raymond Aron, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Fromm, Benjamin, Bloch...abrían nuevos caminos. La forma en que la sociedad acogió la presentación que hizo Fromm de los manuscritos de 1844 de Marx, que acababan de aparecer, ilustra bien el cambio en el clima intelectual de la época, mientras Aldous Huxley y Jacques Ellul hacían evidente la nueva importancia de la técnica.
- Sólo 10% de los norteamericanos tenían televisión en 1960; diez años después, sólo 10% carecían de ella. McLuhan mostró de qué manera se formaba así una tribu mundial que habitaba una aldea global, al modificarse la percepción general.

- Fue la década de Atlantic City, cuando tomó fuerza el movimiento feminista. Betty Friedan fundó en 1966 la Organización Nacional por las Mujeres, que junto con otros grupos logró pronto cambiar leyes y prácticas relativas a ellas.
- Se formó un millón de comunas en Estados Unidos y tomó fuerza el movimiento de regreso a la tierra, para arraigarse de nuevo en el campo.

La lista es interminable. Existió claramente un espíritu de los años sesenta, encerrado en la contradicción entre una corriente individualista y otra solidaria y comunitaria.

Todo fue puesto en cuestión: la familia, el trabajo, la educación, el éxito, la cordura, la locura, el cuidado de los niños, el amor, el urbanismo, la ciencia, la tecnología, el progreso, la riqueza... (Sbert 1999, 57).

De pronto, toda la juventud del mundo estaba unida y encontraba un lenguaje común para responder a todas las interrogantes. Era necesario cambiarlo todo. (Dehesa 1997).

Para Deleuze y Guattari, se dieron momentos en los que parecía poderse ver de repente todo lo que una sociedad tenía de intolerable, al mismo tiempo que las posibilidades de otra realidad social.

Se produjo realmente una profunda revolución de los asuntos humanos para la mayoría de la población del mundo. La Edad Media terminó para ella en los años sesenta. En ese espíritu, con ese ánimo, en esas condiciones, se quiso todo. *The sky is the limit, Assault to Heaven*, se hicieron dichos comunes. El primero se traduce ahora como “Todo es posible” y eso es lo que significaba, lo que pensaban quienes usaban la frase. El segundo mostraba una intención precisa: asaltar el cielo, hacerlo propio, tomarlo en las manos. Había sido posible caminar en la luna. ¿Cómo no iba a ser

posible asaltar el cielo político y social? Y no fue casual que se usara la misma frase que acuñó Marx, en la carta a un amigo, para hablar de la Comuna de París, la cual vio como la primera vez en que el pueblo desplazó a los gobernantes.

Esos “años dorados”, de 1960 a 1973, fueron la culminación de una etapa de prosperidad sin precedentes que tenía una explicación clara. Tambaleante, por sus propios excesos, el capital había tenido que hacer concesiones. Logró salir de la Gran Depresión con la gran guerra, pero su recuperación sólo fue posible gracias a la concertación de los acuerdos que en Estados Unidos se expresaron en el *New Deal* (Nuevo Trato) de Roosevelt:

- **El acuerdo laboral** facilitó la creación y fortalecimiento de los sindicatos, que se convirtieron en una fuerza real en la orientación de la política pública.
- **El acuerdo productivo** consiguió un aumento sostenido en los salarios reales a cambio de incrementos en la productividad.
- **El acuerdo social** pactó una “red de seguridad social” que abarcó la educación, la salud, el seguro de desempleo y otros aspectos, para formar el “estado de bienestar”.

Estos tres componentes se complementaron con los remedios keynesianos propiamente dichos: el gasto público masivo, particularmente en obras de infraestructura, para generar la demanda que el capital era incapaz de crear y generaba sub-consumo. La guerra, la muerte de cien millones de personas, aseguró el éxito del paquete.

Se produjeron así los “30 años gloriosos”, como los llaman los analistas franceses. El incremento continuado de los salarios reales, el creciente poder de los sindicatos y la ampliación continua de la red de seguridad social pudieron darse como expresión de una expansión capitalista espectacular...que tuvo lugar al tiempo que se producían amplísimas movilizaciones de trabajadores que adoptaron muy diversas formas, desde la cocina en la casa hasta las escuelas y las fábricas, con comunas, plantones y guerra de guerrillas. Parecía, literalmente, que la revolución estaba sucediendo.

Un alborozo esperanzado recorría el mundo. Se creía estar en la víspera del alumbramiento de la nueva sociedad. Parecía que el delirio tecnológico de la civilización occidental había encontrado su némesis en cada lejana nación campesina donde, como en Vietnam, surgía un movimiento de liberación. La triste alternativa entre un mundo occidental democrático que había vendido su alma al capitalismo y una esfera soviética que había vendido su alma a la burocracia parecía llegar finalmente a ser cosa del pasado. Y la nueva alternativa era una sociedad con democracia directa...llena de alma. Representaría un avance moral. Y bajo el resplandor de esa gran visión, miles de acontecimientos en todo el mundo parecían confluír en una sola ola, poderosísima e imparable. (Sbert 1999, 47).

En el mayo de París, en 1968, confluía todo eso. Se mezclaban socialistas utópicos con anarquistas, freudo-marxistas y surrealistas. Los nombres de los grupos dan idea del momento: el “Comité de Acción Freud-Che Guevara”, el de “Creación Permanente”, el “Comité Revolucionario de Agitación Sobresexual”... Sus lemas eran claros: *Todo el poder a la imaginación; Es el sueño lo que es real.* Para los situacionistas, las revoluciones que se avecinaban

serían festivales, *porque el festivo es el tono mismo de la vida que anuncian*. Sartre subrayaba: los jóvenes *no desean un futuro como el nuestro, que hemos probado ser unos cobardes...agotados por la obediencia, víctimas de un sistema cerrado* (Winock 1997, 565). Morin veía *el éxtasis de la historia*, Touraine *el primer movimiento social antitecnocrático*, Malraux *la respuesta a una crisis de civilización*...Y los jóvenes contaminaron a los adultos y se produjo en París la huelga general más completa y prolongada de la historia. Una nueva era parecía estar en puerta. Se haría realidad la agenda de los jóvenes de Port Huron:

La búsqueda de auténticas alternativas democráticas a lo que tenemos, y el compromiso de experimentar socialmente con ellas, es una empresa humana valiosa y satisfactoria, que nos impulsa en la actualidad y esperamos que mueva también a otros... No se ha realizado nuestro potencial de cultivarnos por nosotros mismos, auto-dirigirnos, entendernos... La meta del hombre y la sociedad debe ser la independencia humana...para encontrar sentido a la vida...sin individualismo egoísta... Reemplazaremos el poder basado en posesión, privilegio o circunstancia por poder y singularidad basados en amor, reflexión, razón y creatividad... El trabajo debe tener como incentivo algo más valioso que el dinero o la supervivencia. Debe ser educativo, no estupidizante; creativo, no mecánico; auto-dirigido, no manipulado; que estimule la independencia, el respeto a los demás, un sentido de dignidad y la disposición a aceptar responsabilidad social.ⁱ

Los años sesenta en México

Traigo todo eso a colación porque ese fue el tiempo en que Iván concibió sus ideas principales, cuando las lanzó al mundo. Y él contribuyó de modo

prominente a ese socavamiento radical del pensamiento dominante de que habla Wallerstein, el que corresponde al paso a otra época.

Todo eso, sin embargo, nos tomó desprevenidos en México. Intentamos el Movimiento de Liberación Nacional, que fue naufragando poco a poco, y fracasaron uno tras otro los intentos de imitar al Che. En 1968 teníamos los juegos olímpicos...

Ni siquiera la primavera de Praga fue suficiente para que la izquierda marxista mexicana terminara de enterrar el estalinismo. Incluso quienes habíamos hecho a tiempo nuestra crítica de la Unión Soviética y comenzábamos a desilusionarnos de Mao, no nos atrevíamos aún a considerar seriamente que ante nuestros ojos había empezado el principio del fin del socialismo como fenómeno histórico y que debía hacerse posible desafiar la tradición socialista tanto en términos teóricos como prácticos.

Estábamos en otra cosa. Para esa izquierda marxista de la que yo formaba parte el problema con Illich no sólo era que lo incluíamos en el prejuicio general sobre la iglesia, de amplio fundamento histórico, y lo veíamos como un simple cura reaccionario, lo que se confirmaba porque Octavio Paz y Gabriel Zaid, también excomulgados por la izquierda, confesaban ser sus lectores devotos. No sólo era eso. Desde la izquierda, todo lo que sonaba a crítica al desarrollo y a la modernización era anatema. Nos negaba el derecho al progreso y el desarrollo que daban sustancia a la doctrina dominante. Los pocos lectores de Illich, en este lado del espectro, podían considerar justificada la crítica para los países industrializados, pero no para México, que debía aún recorrer el camino de la modernización.

Había algo más. Iván se ocupaba de la educación y la salud. Circulaban por ahí algunas de sus críticas demoledoras. Para nosotros era irrelevante. ¡Claro!, podíamos decirnos. Educación y salud son una porquería en la sociedad capitalista. Una vez que tengamos el socialismo tendremos sistemas apropiados de educación y salud, como demuestra el caso de Cuba.

No había que leer a Iván. Déjenme hacer una confesión. En 1971 mis ojos cayeron sobre un texto suyo, que apareció publicado en Diorama de la Cultura, un suplemento de *Excélsior*. A pesar de que el texto tenía observaciones heréticas sobre la propiedad colectiva de los medios de producción, algo en él atrapó mi atención de manera subrepticia. Se introdujo en mi cabeza y en mi corazón sin que yo me diera cuenta. No asocié el texto con el cura reaccionario de Cuernavaca. No busqué al autor o a sus libros. El texto valía por sí mismo. Estuvo dando vueltas por mi escritorio. Cuatro años después, para una plática con jóvenes, lo rescaté. Lo cito en la primera página del primer libro que publiqué.

De ese modo peculiar los años de CIDOC entraron en mi vida. Quiero referirme aún a ese texto que sintetiza muy claramente esa fase del pensamiento de Iván. Dice ahí:

La propiedad colectiva de las herramientas...puede subordinar las relaciones sociales a las exigencias de las herramientas, poniendo a los hombres al servicio de las máquinas de una manera todavía más eficaz que el capitalismo. Esta es la esencia del estalinismo.

Iván precisa en seguida:

La propiedad colectiva de las herramientas puede significar que la comunidad se compromete a utilizar estas herramientas como manera de promover las relaciones sociales conviviales.

Muy bien, pensé entonces, considerando mis comunidades indias y campesinas. Pero la puerca torcía el rabo poco después: “la socialización de las herramientas”, decía Iván, “puede y debe servir para desterrar las herramientas que por su tamaño, su potencia o su naturaleza no permiten el estilo de vida convivial”. Esto implicaba no sólo renunciar a las grandes plantas fabriles, sino también al Seguro Social y al propio régimen del estado-nación. Para eso no estaba yo preparado en 1971. Por esto no busqué al autor. Por eso el texto fue una especie de bomba de tiempo que se introdujo sin permiso en mi cabeza y explotó mucho después.

La explosión vino, de hecho, hasta 1983. Estaba de lleno en la crítica del desarrollo, pero extraviado y confuso. Mi trabajo en pueblos indios y campesinos, en una organización independiente, me tenía encantado. Pero cada vez entendía menos de lo que experimentaba ahí. En vez de servirme, las categorías en que había sido educado, todas mis lecturas de economía, sociología, ciencia política, antropología, parecían lentes opacos. Mientras más las usaba menos veía. No entendía mis vivencias cotidianas.

Un día Rodolfo Stavenhagen me invitó a un seminario en corto en el Colegio de México. Estarían, me dijo, Iván Illich y Wolfgang Sachs. Los nombres no me decía mucho, pero hablarían de la construcción social de la energía y acepté la invitación.

Quedé por completo fascinado. Como ahí estaba mi amigo José María Sbert, el más inteligente y sensitivo de todos los amigos de Iván, fui a

cenar a su casa con él. Quedé aún más fascinado. Al día siguiente comencé a leer todos los libros suyos que pude conseguir. Empecé a ir a Ocotepéc, a visitarlo.

Cuando poco después me dio acceso a su escritorio, descubrí en él textos pensados para muy distintas audiencias y propósitos: discursos en Tokio o Berkeley, meditaciones al pie de la choza de Gandhi, artículos para una revista inesperada. Pensé que todo eso podía ser de interés para los lectores de “El Gallo Ilustrado”, el suplemento de *El Día* que entonces dirigía. La colección de esos ensayos se publicó como *Alternativas II*.

¿Qué es lo que había encontrado en la obra de Iván? Lo más importante, para mí: pensé que contenía una brillante y profunda articulación del discurso del pueblo, el discurso de la gente. Palabras como vernáculo y convivialidad, dos de sus categorías centrales, eran palabras que yo había oído en barrios y pueblos, no en la academia, cuyos términos, en cambio, eran esos lentes opacos que no me permitían entender mi experiencia a ras de tierra.

La hipótesis se me confirmó pronto. Cuando empezaba a hablar de sus ideas en pueblos y barrios el efecto ¡ajá! era inmediato. Como decimos: le caía a uno el veinte. Era como si la gente ya supiera lo que Iván decía, pero nunca hubiera podido formularlo de esa manera.

Bastaría leer aquel breve artículo de sólo cuatro páginas, el que publicó *Excelsior* en 1971, para demostrar algo que pocas veces se menciona: *Iván coronó el edificio teórico y político de Carlos Marx*. Su lectura cuidadosa de Marx le permitió obtener de él las lecciones necesarias para entender el

capitalismo y someterlo a crítica radical. Elaboró sus teorías a partir de ahí, no a un lado y mucho menos ignorando el trabajo de Marx.

Una anécdota que ha contado Teodor Shanin permite recordar este aspecto. Lo invitó alguna vez a Tierra Santa y al llevarlo con sus estudiantes a la Universidad de Haifa le advirtió que entre ellos había un grupo brillante de jóvenes latinoamericanos que lo desafiarían con las posiciones del marxismo ortodoxo. Illich dedicó su discurso al capítulo primero del primer volumen de *El Capital*. Recordó que ahí Marx distingue el valor de uso (definido por las necesidades), del valor de cambio (definido por el mercado). Y procedió entonces a desarrollar el concepto de valor de uso para ofrecer una imagen de la sociedad en claro contraste con la que vivimos en la actualidad. Fue una sorpresa para la audiencia, que había leído muchas veces ese capítulo sin poder ver en él lo que Iván les descubriría. Le oyeron en intenso silencio y estallaron en una ovación. Según Teodor, Iván nunca volvió a ese tópico ni publicó lo que dijo aquel día. Fue tan sólo un momento de reflexión, una chispa de genio y un poco de diversión para argumentar con un grupo de estudiantes brillantes en una tierra exótica.

Pero la anécdota subraya lo que yo quería decir. Iván recogió lúcidamente cuanto Marx nos dio, pero vio también lo que Marx no pudo ver y dio los siguientes pasos, los pasos que nos permiten ahora resistir con seriedad las propuestas de estalinismo populista que se han estado haciendo en estos tiempos, como si nada hubiera pasado.

Descenso al infierno

En los años setenta fuimos derrotados. De Gaulle amenazó con traer los tanques a París y el movimiento acabó. Los tanques aplastaron la primavera de Praga. Los guardias rojos apedrearon a los burócratas y humillaron a los profesores en China. Asesinaron a Martin Luther King y Robert Kennedy. En Woodstock, “la nueva sociedad abortó, drogada y feliz” ...

Hay una larga serie de explicaciones. Se registraron innumerables episodios políticos y económicos en esa gran confrontación:

- la creación del *food power* pregonado en 1974 por Earl Butz, el Secretario de Agricultura de Estados Unidos, modificó el patrón mundial de producción de alimentos y dio a los países ricos un arma decisiva de presión;
- el embargo petrolero elevó el precio del barril a más de 100 dólares;
- las intervenciones de la Reserva Federal, el banco central norteamericano, afectaron al mundo entero;
- un gran número de trabajadores, que habían quedado fuera del Nuevo Trato, no lucharon por él: no era su asunto;
- el individualismo prometeico o narcisista de buena parte de los jóvenes revolucionarios impidió llevar más lejos el movimiento...

Todo eso pesó. Formaba parte de la guerra que articulaba sigilosamente la famosa Comisión Trilateral. Pero tiene sólido fundamento la hipótesis de que el factor decisivo puede haber sido el hecho de que se pensó posible que el cambio se produjera a través de las estructuras de gobierno existentes. Se les quería cambiar, convertirlas en otra cosa, pero al mismo tiempo se les quiso utilizar para la gran transformación que se

buscaba. En ese terreno, que no es el de los trabajadores, el de la gente, sufrimos una inmensa derrota que con el tiempo tomó el nombre de *globalización neoliberal*. Su propósito principal ha sido, por 40 años, desmantelar los avances conseguidos por los trabajadores y regresar a la situación anterior al Nuevo Trato... y a la crisis de 1929. La estrategia adoptó formas muy distintas, según las correlaciones de fuerzas existentes en cada país, pero en general comprendió la reubicación de los medios de producción, la des-territorialización del capital, el incremento de la competencia entre los trabajadores por la expansión del mercado de trabajo, el desmantelamiento del poder sindical y del “estado de bienestar” y la expropiación de tierras (ver *Midnight Notes*, 1997).

La estrategia desmanteló todos los acuerdos anteriores, tanto los del Nuevo Trato como los de la guerra fría y la relación con el Tercer Mundo:

- Las huelgas de los controladores aéreos en Estados Unidos y de los mineros en Inglaterra, derrotadas por Reagan y Thatcher, fueron el detonador de una campaña exitosa de debilitamiento o liquidación de los sindicatos y la red de seguridad social, entre otras cosas mediante la amenaza –a menudo cumplida- de trasladar a otro país las fuentes de empleo, lo que contribuyó al estancamiento o reducción de los salarios reales.
- La Masacre Ludlow, en abril de 1914, cuando se asesinó a mineros en huelga en Colorado, Estados Unidos, es aún referencia de la situación de los trabajadores hace cien años, la que se intentó corregir con el Nuevo Acuerdo. Sólo 5% de los trabajadores pertenecía entonces a un sindicato. Se ha regresado a ese nivel. Sólo 6.6% de los trabajadores del

sector privado norteamericano está actualmente afiliado a un sindicato, cuando se había llegado a una cifra cinco veces mayor. La declinación del sector se toma ahora como realidad irreversible.

- Las cifras relativas a la desigualdad económica y la concentración de la riqueza siguen una evolución semejante: se han destruido los avances del último siglo, los que habían creado la ilusión de que la sociedad capitalista podía ser igualitaria y toda la gente quedaría colocada en la clase media.

- El colapso de la Unión Soviética y de los regímenes socialistas de Europa oriental y la decisión del Partido Comunista Chino de intentar la vía capitalista no sólo produjeron desaliento y desconcierto en las filas de los trabajadores y produjeron una izquierda huérfana. Modificaron también, en forma significativa, las correlaciones internas de fuerzas y los márgenes de maniobra acordados bajo el manto de la guerra fría.

- El fin de los imperios europeos y la ola de emancipación que cundió por el llamado Tercer Mundo habían creado condiciones que muchos países aprovecharon para avanzar en su construcción independiente. La crisis de la deuda, en la década de 1980, creó la oportunidad de imponer a todos ellos los programas de Ajuste Estructural, concebidos en el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con base en los cuales se desmanteló buena parte de los avances obtenidos en los 30 años anteriores.

- Aldous Huxley anticipó desde 1958 lo que ocurriría: “Mediante métodos cada vez más efectivos de manipulación mental, cambiará la naturaleza de las democracias. Permanecerán las viejas formas pintorescas:

las elecciones, los parlamentos, las supremas cortes y todo lo demás. Pero la sustancia subyacente será una nueva clase de totalitarismo no violento". Parece que no tomó en cuenta que, ante las reacciones de la gente, ese totalitarismo podría recurrir a formas terribles de violencia en una guerra abierta contra ella.

Después de la caída

Apresuro el paso. Vivimos un cambio de época que Iván percibió, en la última parte de su vida, con su lucidez espeluznante. Se encuentra en agonía lo que Wallerstein llama la economía-mundo capitalista.

Estamos en el parteaguas, lo que algunos llaman bifurcación. Por eso vivimos en medio de la inestabilidad y el caos. Pero no estamos en la era de los sistemas. Aquí quisiera mostrar un enfoque que parece radicalmente distinto a lo que sostienen Jean Robert y otros amigos de Iván. Espero que mi postura no sea vista como contradicción o polémica, aunque puede ser una controversia.

Una parte de la confusión que encuentro surge del uso profuso, confuso y difuso de la palabra plástica sistema. Hablamos continuamente del sistema educativo, del sistema de salud, del sistema político, etc. Todo se vuelve sistema. Pero si respetamos la definición de Iván de la herramienta, constatamos todos los días que aún estamos en la era de la herramienta. Tenemos intencionalidad y propósito cuando usamos cada uno de los "sistemas" y podemos o no hacerlo: cierto grado de escolarización es obligatorio, pero incluso ese grado podemos eludirlo, como hacen ya cinco millones de familias norteamericanas para sus hijos;

nos obligan a pagar el Seguro Social si tenemos empleo...pero podemos o no usar ese monstruo...

En alguna conversación con David Cayley Iván señaló que las cosas ocurrieron en una forma que él no había anticipado. En las últimas palabras de *La convivencialidad*, señaló:

dije que sabía la dirección que las cosas tomarían pero no lo que las llevaría a ese punto. En esa época creía en algún evento grandioso, simbólico, algo similar a una caída brutal de Wall Street. En vez de eso, cientos de millones de personas se dedican simplemente a emplear sus cerebros y a confiar en sus sentidos. Vivimos ahora en un mundo en que la mayoría de las cosas que la industria y el gobierno hacen son mal empleados por la gente para sus propios propósitos.

Iván era un buen ejemplo. Mal usó para sus propios fines varias universidades...

Nuestra era llega a su fin

En *El género vernáculo* Iván ofreció sólidos fundamentos a su llamado a contraer la economía. Recordó que los motivos para hacerlo con sentido de urgencia eran la degradación ambiental (*el reconocimiento de límites que cambian los supuestos de la economía política*) y la contraproductividad paradójica (*la intensidad con la que una institución moderna niega a la mayoría de sus clientes, por necesidad técnica, el supuesto para el cual se diseñó y financió públicamente alguna de sus características*). En el libro agregó la urgencia de reducir el sexismo. Hizo este llamado en 1982. Tres décadas después resulta enteramente evidente que ni la naturaleza ni la gente podemos soportar

muchos años más de las crisis actuales y que los medios de que se dispone son incapaces de detener la destrucción natural y humana que está ocurriendo. Tomar conciencia de esta situación causa creciente desesperación. Todos los días llegan a mi escritorio o a la computadora textos en diversos idiomas que la expresan en tonos apocalípticos. Diversos científicos advierten que ya es tarde para detener el calentamiento global. Otros pronostican las siguientes guerras mundiales, caracterizan la condición actual como tecnofascismo y revelan síntomas del apocalipsis...

Es claro, sin embargo, que la naturaleza y características de la nueva era no están escritos en las estrellas. Todas las cartas se encuentran en la mesa. No hay determinismo que valga. Podemos pasar de la situación actual a otra peor, dentro del mismo marco, o podemos entrar a una nueva era, tan nueva que no podemos siquiera hablar de ella: los términos de ayer son incapaces de hacerlo. Quien intente anticipar lo que ocurre después de la revolución es un reaccionario, dice Sorel que decía Marx...

Iván vio, antes que nadie, lo que pasaba. Como nos explicó muchas veces, profeta no es quien tiene una bola de cristal sino quien sabe leer en profundidad el presente. Era profeta, Iván, supo anticipar lo que pasaría y también olfateó las opciones. Leyó en el presente algo que le produjo inmenso horror, lo que llamaba la era de los sistemas. Pero también leyó otra opción. Cuando la platicábamos en su cuarto, en los últimos años de su vida, me dejó decir en voz baja un nombre para esa era: *la era de la libertad convivial*.

En el parteaguas ha surgido una fauna que es también profusa, confusa y difusa, pues la inestabilidad y el caos propios del momento

causan mucha angustia y generan comportamientos extraños. Entre las categorías de ese peculiar zoológico se encuentran las siguientes:

- Los fundamentalistas: ante la incertidumbre creciente y radical, apelan a sus fundamentos religiosos, económicos o ideológicos, se instalan dogmática y simplificada en ellos y hacen cosas tan extrañas y poco pertinentes como peligrosas.
- Los reaccionarios, personas que se reducen a reaccionar a lo que está pasando y lo hacen mirando hacia atrás, no para aprender del pasado sino para ir hacia atrás en la historia, algo que siempre ha sido tan imposible o ridículo como efímero. Una analogía puede ilustrar su carácter. Haré una analogía para poder apreciar lo que son. Cortar la cabeza de los reyes fue un acto cruel e innecesario. Ya habían muerto. Murieron cuando la gente dejó de creer que estaban ahí por decisión divina. La guillotina cumplió sólo propósitos simbólicos. Cuando la incertidumbre y los horrores de la Revolución Francesa llevaron a intentar la restauración de la monarquía, tuvimos, como diría Marx, una farsa, una comedia, en vez de una tragedia.

¿Quiénes son los reaccionarios de hoy, los restauradores?

Hay algunos “**fascistas**”. Los hay hasta debajo de las piedras y brotan en los lugares más inesperados. Debemos encontrar nuevos términos para caracterizarlos, porque si bien tienen algunos rasgos de sus predecesores de los años treinta son de naturaleza diferente.

En América Latina regresan los **estatalistas**. Dicen que el neoliberalismo fue funesto, y que debemos regresar a la buena y vieja era

del estado patrón. No ven que el proteccionismo nunca nos protegió, pero eso quieren en vez del libre comercio.

Algunos están en algo que puede llamarse **estalinismo populista**, porque hablan de líder supremo, partido único y estructura vertical y en vez de represión usan dádivas para las masas. Tratan también de desenterrar el socialismo y darle un sentido actual.

Hay otros muchos animales de esa fauna, pero quizás no hay tiempo ni humor para enumerarlos aquí. En todo caso, al terminar este parteaguas se habrá creado una condición del sistema-mundo que parece aún peor que la actual, si pensamos en términos de libertad, creatividad y autonomía. O bien, nos habríamos abierto a una creación social diferente, en que nos libraríamos de cuanto nos aprisiona, lo que bloquea cabezas, manos y corazones, y sabríamos al fin, a plenitud, qué cosa es el reino de la libertad convivial.

En los años ochenta Iván sometió a crítica cuanto había hecho hasta entonces. Consideró que en buena medida era inútil porque se refería a una forma de vida social que estaba terminando. Convencido de que la crítica de la sociedad económica se volvía ya obsoleta por el paso a otra época, dedicó su empeño a ver en el presente las semillas de lo que venía. Algunas de ellas le causaron horror profundo. Otras le llenaban de esperanza. Y aquí quiero conectar de nuevo con su relación con México.

Iván no podía ser escuchado en la era del nacionalismo revolucionario, en los años sesenta o setenta, cuando la obsesión por el desarrollo dominaba todos los puntos del espectro ideológico. Sus temas y análisis no lograban traspasar la pesada costra ideológica que pesaba sobre

todos nosotros. Cuando terminó el régimen del último presidente de la revolución, como se llamó a sí mismo José López Portillo, y Miguel de la Madrid dio un golpe de estado incruento con el que se inició la era neoliberal, pareció por un momento que se abrían las puertas a la crítica.

En los años ochenta, en efecto, mientras oficialmente se decía que era la década perdida para el desarrollo, en diversos espacios podía decirse que era la década en que el desarrollo se perdió. Comenzamos a hablar de posdesarrollo en los más diversos círculos. Invitados por Iván, algunos de sus amigos empezamos a preguntarnos: después del desarrollo, ¿qué? Pero vino entonces el fin de la guerra fría y el colapso de la Unión Soviética. El emblema de la globalización sustituyó al del desarrollo. Igual que 40 años antes, la izquierda y la derecha la vieron como una realidad y sólo ofrecieron variantes del modelo. Volvieron a repetirse, con otra vestimenta, las viejas promesas.

Esta nueva costra fue de pronto desgarrada por el zapatismo, el 1º de enero de 1994. Fueron los primeros, en el mundo, que desafiaron al fantasma. Y de ese modo quedó plasmada en el país la bifurcación propia del fin de una era en que se abren ante nosotros por lo menos dos caminos.

Uno de ellos quiere entregarse ciegamente a una forma de sociedad que lleva a su extremo todos los horrores del siglo XX. Al darles otra vuelta de tuerca, les impone una metamorfosis grotesca que los despoja de toda opción creativa. Sería la era de los sistemas en que el *homo economicus*, el individuo posesivo nacido en Occidente hace tres siglos, o el individuo textual, nacido en el siglo XII, serían sustituidos por meros subsistemas, elementos homogéneos de un sistema impersonal y abstracto.

Permítanme usar un ejemplo limitado e inadecuado, para dar aunque sea una pálida idea de lo que eso significa.

Si uno de nosotros ingresa hoy a un hospital de Houston desaparecemos en el propio umbral. Poco a poco se nos somete a un proceso de laboratorio. Al cabo de pocos días hemos sido reducidos a un perfil estadístico, que se compara automáticamente con una norma estándar. Con base en el conjunto de desviaciones de esa norma, se constituye un síndrome que identifica una patología. El propio sistema diagnóstico prescribe el tratamiento que ha de aplicarse a esa entidad.

Como ese dispositivo se está estandarizando, muchos médicos están teniendo que abandonar su profesión. “No puedo continuar mi práctica”, me han comentado algunos de ellos. “En muchos casos, si hago lo que dice el mecanismo y lo aplico a la persona que tengo enfrente y es mi paciente, puedo hacerle daño y hasta matarlo. Y si no lo hago y algo pasa, puedo ser acusado y condenado a pagar una fortuna y a perder mi prestigio y mi título”.

Es un mal ejemplo, porque esto que describo corresponde todavía a la era actual, la era en agonía. Pero puede ser útil para ilustrar ese camino al abismo, el que de alguna manera anticipó Orwell en su obra: *1984*, y que llenó de preocupación a Iván en sus últimos años.

Pero existen opciones. Una de ellas, quizá la principal, fue abierta por el zapatismo, que muchos consideramos, con el propio Wallerstein, Noam Chomski o don Pablo González Casanova, como la iniciativa política más radical del mundo, en el momento actual, y acaso la más importante.

Desde la base social, cimbrada hasta sus cimientos por las múltiples crisis que padecemos, se empiezan a tejer alternativas. Nunca ha sido la vida y obra de Iván tan pertinente como para el momento actual en México. Pesa todavía la sensación de que no hay opciones y que el país no puede aislarse de la llamada globalización. No hay un gran contraproyecto al que la gente pudiera afiliarse y los que pretenden constituirlo sólo forjan nuevos espejismos. Pero la experiencia de la década pasada ha estado generando una nueva actitud, que permite a los hombres y mujeres ordinarios alejarse rápidamente de todos los vendedores de ilusiones o verlos con ironía.

Nos ayudan, para ese contexto, la acelerada descomposición de las clases políticas y la increíble incompetencia de los gobernantes, aunque eso mismo impone diversos riesgos. Lo importante es que ha surgido un aliento novedoso para buscar un camino propio.

Esto es particularmente claro entre los llamados pobres o marginales. Ya no se dejan atrapar. Buscan opciones que puedan realizar por sí mismos y muchos las han empezado a construir.

Si de eso se trata, nada más importante que explorar las ideas de Iván... Empezar por las clásicas, de nuevo, las de los años sesenta hasta 1982, cuando escribe *El género vernáculo*. Con eso entenderemos mejor al mundo que muere, cómo y por qué está muriendo, cómo podemos terminar de dismantelar las instituciones que lo caracterizaron. Y luego su trabajo de los últimos veinte años de su vida, cuando sienta las bases para la exploración de lo que viene.

Leerlo nos permite identificar con precisión el horror, las tendencias ya manifiestas hacia una era insoportable, lo que nos hace posible resistir

mejor. Y ahí también podemos encontrar elementos que nos permiten intuir las otras vías, las de ese otro mundo que quisiera asociar con dos libros de Iván.

En el primero que publicó en su vida, según entiendo, *Celebration of Awareness*, aparece un manifiesto político de 1967, un año antes de la revolución mundial de 1968, que es notable anticipación de lo que hoy hace falta plantear. Ese “Llamado a la celebración” no ha circulado en español y no se incluyó en las *Obras Reunidas* del FCE. Fue escrito por un grupo de amigos en 1967, en el tiempo de la Marcha al Pentágono, y exige *enfrentar los hechos, en vez de conformarse con ilusiones y vivir el cambio, en vez de depender de la ingeniería*. Se trata de un llamado para que *cada uno de nosotros, y cada grupo en el que vivimos y trabajamos, se convierta en el modelo de la era que deseamos crear*. Señala que debemos abandonar el uso del poder coercitivo y la autoridad: *La capacidad de demandar acciones con base en la posición jerárquica que uno tiene*. Subraya que *si una frase puede resumir la naturaleza de la nueva era es el fin del privilegio y la licencia*”. Y precisa:

Debemos abandonar nuestro intento de resolver nuestros problemas mediante cambios en los equilibrios de poder o tratando de crear maquinarias burocráticas más eficientes... Creemos que una aventura humana está apenas comenzando: que la humanidad fue hasta ahora restringida en su capacidad de desarrollar sus capacidades creativas y de innovación porque estaba abrumada por el agobio. Somos ahora libres de ser tan humanos como queramos... Juntémonos gozosamente a celebrar nuestra conciencia de que podemos hacer que nuestra vida de hoy tome la forma del futuro de mañana.

El otro ensayo es el último capítulo de *La sociedad desescolarizada*. “El renacimiento del hombre epitemeico” es un ejercicio impresionante de lucidez, que muestra con claridad que la supervivencia de la raza humana depende de que se descubra la esperanza como fuerza social, pues en todas partes *la naturaleza se vuelve ponzoñosa, la sociedad inhumana, la vida interior se ve invadida y la vocación personal ahogada*.

Son dos chispas de genio que anuncian desde entonces, entre 1967 y 1971, lo que ha caído sobre nosotros y lo que podemos construir si nos ponemos a ello, algo en que Iván es guía seguro y confiable.

El México de hoy ya no puede tener la ceguera y la sordera de hace 30 años. En este país, en que Iván pasó más tiempo que en cualquier otra partes del planeta que recorrió incansablemente, en donde tejió sus ideas con amigos, podemos al fin aprender a escucharlo. La década actual podría ser suya. Illich sometió a crítica radical la sociedad económica, capitalista o socialista, y mostró cómo las instituciones dominantes –auténticas vacas sagradas con las que nadie osa meterse- producen lo contrario de lo que pretenden: que la escuela genera ignorancia, que la medicina enferma, que el transporte rápido paraliza... Tras esa tarea, que realizó como nadie, *coronando el edificio teórico que Marx dejó incompleto*, Illich anticipó con claridad lo que ahora estamos viviendo: tanto el derrumbe de las ilusiones asociadas con el desarrollo económico como las reacciones de la gente, aglutinadas en inmensas coaliciones de descontentos para transformar su resistencia en emancipación. Illich advirtió también sobre los riesgos que se correrían en la crisis final del capitalismo: el peligro de que lo sustituyera un régimen aún más opresivo. Definió con claridad la urgencia de que hombres

y mujeres con la cabeza fría y el corazón caliente conquistaran la serenidad que hace falta para evitar esa perspectiva apocalíptica e imaginar la nueva sociedad.

Poco antes de morir, en una plática informal con un grupo de jóvenes, Illich les comentó:

No creo que la amistad pueda florecer en la actualidad fuera de la vida política. Si en este mundo de la tecnología queda aún para nosotros algo así como una vida política – comenzaría con la amistad.

Mi tarea por tanto consiste en cultivar amistades disciplinadas, cuidadosas, sabrosas, en las que uno se niega a sí mismo... Porque quizás en esto podemos encontrar lo que el bien es... Esto va más allá de cualquier cosa de la que la gente está hablando, diciendo que cada uno de ustedes es responsable por las amistades que puede cultivar, porque la sociedad sólo será tan buena como el resultado político de estas amistades.

Pienso que si tuviera que escoger una palabra a la que pueda asociarse la esperanza sería hospitalidad. Practicar la hospitalidad – recuperar el umbral, la mesa, la paciencia, escuchar, y desde ahí generar almácigos de virtud y amistad, por una parte – y por la otra irradiar hacia comunidades posibles, para que la comunidad vuelva a nacer.

La comunidad, hoy, ha nacido de nuevo. La tenemos alrededor. Sólo necesitamos abrir valientemente los ojos.

San Pablo Etlá, agosto 2016

REFERENCIAS

Dehesa, Germán (1997) *La música de los años*. México: Plaza y Janés.

Sbert, José María (2009) *Epimeteo, Iván Illich y el sendero de la sabiduría*. México: Ediciones sin nombre.

Winock, Michel (1997) *Le siècle des intellectuels*. París: Editions du Seuil.

ⁱ <http://www.h-net.org/~hst306/documents/huron.html>